

## EL GOLPE QUE NO CESA

Tal vez cuando salga este artículo a la calle, ya se habrá producido el golpe de Estado del que tanto se habla. Golpe de Estado con Rey o sin Rey, civil o militar, tal vez civil-militar. Todas esas combinaciones especulativas están en la calle y hasta ha circulado la palabra «directorio», en una clara evocación bonapartista que pronto daría paso al proyecto de imperio y a la consagración de un Napoleón. El señor ministro de Defensa ha querido demostrar la autoridad del Gobierno convocando en Madrid al general Milans del Bosch y atacando furiosamente a Telesforo Monzón, después de la evidente provocadora rueda de prensa que el viejo abertzale protagonizó en Madrid. Pero a pesar de la energía verbal demostrada por el Gobierno, la calle no está tranquila y aguarda estremecida como los espectadores víctimas de la tragedia aguardan el desenlace fatal.

Y así no se puede vivir, ni convivir, ni jugar al palé de la construcción democrática. No sostendré yo la teoría de que la democracia es la única posibilidad española de cambiar las cosas. Si las fuerzas revolucionarias disponen de más destructores, caza-bombarderos, helicópteros, tanques y misiles tierra-aire que las Fuerzas Armadas, es posible que puedan cambiar las cosas. De momento, al paso que van, sólo consiguen liarlas, colocando a todo lo que está vivo en este país, desde los políticos hasta los conejos, en un bosque incendiado y sin salida. Sospecho que la única salida es mantener un toma y daca hasta que la negociación sea irremediable.

Hacerle ascos a esta salida es hacerle ascos a la razón y a la lógica de las cosas, o abonar la única alternativa posible: la ocupación manu militari de Euskadi y el inicio de una represión sin cuartel que separaría para siempre a Euskadi de cualquier proyecto histórico del nuevo Estado español.

Además, una ocupación manu militari de toda España y el inicio de una represión sin cuartel y de cuartel que reproduciría las condiciones de una factual guerra civil. A esta alternativa no puede apuntarse ninguna persona sensata, sea civil o militar. Sólo pueden apuntarse los nostálgicos que aprovecharían esa alternativa para la restauración feroz porque daría cauce a la mala leche acumulada en muchos cerebros y en muchas manos durante estos cuatro años de arrinconamiento histórico.

El Gobierno puede hacerlo peor o mejor, pero hay que reconocer que es difícil gobernar esta situación bajo la amenaza constante del golpe. Para la estrategia de las fuerzas parlamentarias, era vital llegar al referéndum del 25 de octubre y auscultar los resultados para ver si eran suficientes presagios de un final político para la cuestión vasca. En ese empeño apostaban todas las fuerzas político-parlamentarias del Estado, incluidas las de Euskadi, con excepción de las conectadas ideológicamente con ETA-militar. El resultado del referéndum mediría el rechazo del pueblo vasco a la solución violenta, pero no significaría el cese de la violencia.

ETA-militar no va a meter sus armas en un desván, ni siquiera transitoriamente, ante el resultado de un referéndum que puede denunciar como producto de la propaganda oficial, de la traición del PNV como resultado del miedo a la involución. Sea cual sea el balance del 25 de octubre, ETA seguirá asestando golpes, y aparentemente el referéndum y el Estatuto serán hitos inútiles en un proceso que nació frustrado. Supongo que a estas alturas el Gobierno y el conjunto de las fuerzas políticas vascas pro Estatuto ya son conscientes de que el happy end no está cercano. Pero es indudable que un apoyo importante del pueblo vasco al Estatuto hubiera debilitado la alternativa de la violencia y hubiera fortalecido la presión de las fuerzas políticas parlamentarias para una solución pactada.

Es difícil utilizar la lógica, la razón, en un proceso lleno de metralla y de sangre. Es difícil razonar fríamente rodeados todos de cadáveres aún calientes. Pero no razonar o hacerlo insuficientemente equivaldría a precipitarnos en una catástrofe perfectamente imaginable si se tiene imaginación.

Hay quien opina que un golpe de Estado es técnicamente una democracia débil imposible y tal vez tenga razón, o en cualquier caso siempre tendrá en el futuro tema de reflexión sobre cómo se pudo producir un golpe de Estado que era técnicamente imposible. Lo necesario es que el país reaccione contra el chantaje del golpe como factor perpetuamente condicionante de la vida política española. No se puede gobernar ni mejor ni peor bajo esa amenaza; simplemente, no se puede gobernar. Y lo que es más grave: bajo esa amenaza se paraliza toda posible acción real de la oposición en un momento en el que hay mucho a que oponerse.

Siento pecar de pusilánime o de reformista, pero agradezco el hecho de que existan militares que, a pesar de formar parte de un ejército vencedor en una guerra contra instituciones democráticas, alejan de sí la tentación del golpe y sitúan la razón por encima del instinto. No creo que esa actitud proceda exclusivamente de una voluntad biennacida de rechazar la matanza como perpetuo final de la fiesta política española. Creo que esa actitud procede de la aplicación de la razón a la política. Pero incluso esos militares lo van a tener muy difícil ante el próximo atentado. Y lo habrá.

M. Vázquez Montalbán

La Calle, «Estado de la cuestión, cuestión de Estado»,  
2 de octubre de 1979, n.º 79, p. 11